

ENRIQUE CRIADO NAVAMUEL

*El balcón del Führer*



UN THRILLER TREPIDANTE



El balcón del Führer

Enrique Criado Navamuel

El balcón del Führer

COLECCIÓN  
LITERADURA



Primera edición: mayo de 2024

© Enrique Criado Navamuel, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
www.funambulista.net

IBIC: FA  
ISBN: 978-84-128530-1-8  
Dep. Legal: M-10525-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Vienna - City Hall*, Ștefan Jurcă (foto modificada)  
CC BY 2.0 DEED

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

## El balcón del Führer

*A mi mujer Tsveti y a mis hijos Gabriel y Alberto*

EL PRIMER DAÑO COLATERAL de su ruptura con Andrés fue el desayuno de esa mañana, que quedó intacto en la cocina del piso al que todavía les unían escritura e hipoteca. Por lo demás, el día siguió como cualquier otro martes desde hacía ya más de diez años. El ascensor dejó a Silvia en el -2, donde se encontraba la plaza de parking por cuyo espacio pugnaban su Triumph Street Twin y el Mini Cooper de Andrés.

Salió del aparcamiento subterráneo de su edificio y descendió la avenida del Monasterio de El Escorial, dejando atrás varias manzanas casi idénticas de urbanizaciones cerradas con piscinas comunitarias, el núcleo en torno al que todo orbita en el barrio madrileño de Montecarmelo. En el único semáforo que encontró en rojo tuvo que estirar bien las piernas para alcanzar el asfalto con las puntas de los

botines. Siempre que paraba la moto, se acordaba del cretino del concesionario, que se la desaconsejó por su estatura reducida. Sabía que el ratito que tardaría el disco en ponerse en verde era suficiente para sacar del bolsillo izquierdo de la cazadora la caja de caramelos de violetas que, desde que dejó de fumar, introducía mecánicamente en la boca cada vez que le apetecía un cigarro.

Desde allí tomó la M-40, atravesó el monte de El Pardo por uno de sus túneles y remontó la Cuesta de las Perdices de la A-6. Un guardia civil levantó la barrera metálica a su paso y a las nueve menos cuarto, como cada mañana, estaba sentada en su silla de analista del Centro Nacional de Inteligencia.

Mientras revisaba el correo y la entrada de documentos confidenciales, pensaba en la pereza que le daba tener que informar sobre su ruptura con Andrés, pues justo le vencía la acreditación de seguridad, en la que deben incluirse datos pormenorizados de los familiares más cercanos y de las relaciones sentimentales. «Si ya había quien me tenía por rara o por desdichada, seguro que, después de esto, algún gilipollas me irá mirando con cara de pena. Y no faltará el que ahora me tire los tejos en el trabajo. Lo que me faltaba».

Se acordó de que no había desayunado. Además del primer café de la jornada, sacó un sándwich de una máquina a la que hasta entonces nunca había prestado la menor atención.

Un atentado en Islamabad, un intento de golpe de Estado en Conakri, agentes de un país supuestamente aliado llevando a cabo actividades poco amistosas en España... Combinaba la carpeta que durante la noche le había preparado el equipo de guardia de cifra y los informes remitidos por los agentes de campo que dependían de ella con la lectura de la prensa española y extranjera. Saltaba de una a otra un tanto distraída pensando en la inconveniencia de su separación.

No era tristeza ni enfado. Más que en la ruptura en sí pensaba en las consecuencias inmediatas que esta iba a tener sobre sus vidas: buscar casa, mudarse, decírselo a su hija, a su jefe, al grupo de amigos comunes... Cuando esa mañana Andrés le espetó que hacía tiempo que habían dejado de tratarse como una pareja y que era mejor seguir caminos distintos, Silvia sintió cómo un torpedo impactaba contra la plácida rutina que tan trabajosamente había conseguido construirse. Los dos eran suficientemente cerebrales como para desdramatizar la cuestión, en la que estaban esencialmente de acuerdo, y al poco estaban haciendo números: ninguno de ellos tenía dinero suficiente para comprarle al otro su mitad de la casa. Tocaba vender. «A la mierda. Total, nunca me ha gustado vivir allí».

LA CANTINA DEL CENTRO está comunicada con el rellano por el que se accede a las demás plantas por un pasillo angosto, cuyas paredes forradas de contrachapado verdoso reflejan la luz blanca de los fluorescentes. Tal es la estrechez que a mediodía casi se chocan hombro con hombro la fila india de quienes van a comer diciendo buenos días con la de los que vienen de allí contestando buenas tardes. Aunque el menú varía a diario, el olor es siempre el mismo. Las pocas ganas de hablar de Silvia le hicieron llevar su bandeja a una esquina del comedor y situarse de espaldas a la puerta, al contrario de como prefiere hacerlo todo el mundo en el ámbito de la seguridad y la inteligencia.

Al regresar a su despacho, comenzó a alternar su trabajo con búsquedas distraídas en un portal inmobiliario. Precios

astronómicos por pisos diminutos, cláusulas abusivas y caseros caprichosos. Su reflexión quedó interrumpida por una llamada telefónica: extensión 4792, la de Ramiro Zárate, su jefe. «No me lo puedo creer, ¡justo hoy!», pensó justo antes de levantar el auricular. La conversación duró los escasos segundos necesarios para decirle que sí, que en un momento estaría en su despacho.

El ascensor que la condujo a la tercera planta hablaba con voz de señora de Murcia: «Planta doh, planta treh; abriendo puertah, cerrando puertah». Silvia no había reparado hasta entonces en ese detalle de la locución, que cualquier otro día le habría sacado una sonrisa. Avanzó hasta el antedespacho del director de Inteligencia, donde una secretaria con un rostro indistinguible anunció su llegada. Ramiro era algo así como el número tres de la institución, sometido solo a las órdenes del director del Centro y de su secretario general. En teórico plano de igualdad se encontraban otros dos cargos con rango de director general, los responsables respectivamente de Recursos y de Apoyo a la Inteligencia, aunque en la práctica Ramiro veía esos dos departamentos como ramas destinadas a dar cobertura al tronco principal que él dirigía desde hacía casi una década.

Encontró a Ramiro parapetado detrás de un escritorio sobre el que reposaban montones más o menos ordenados de informes, periódicos extranjeros, un iPad, el mando de un

televisor situado en el otro extremo del despacho y la taza del cortado que acaba de apurar.

—¿Quieres uno? No tienes muy buena cara.

—No, gracias. ¿Tanto se me nota?

—Ya sabes, te conozco desde que eras una niña. Pero, bueno, sea lo que sea, me lo contarás solo si te da la gana. Así que ni me molesto en preguntar.

—Sí, mejor así. ¿Para qué me necesitabas?

El director le planteó su preocupación por las dificultades que se estaban dando con un caso de cierta importancia para el área de Inteligencia Económica. Básicamente, una empresa española fabricante de trenes había ganado una licitación millonaria, pero, cada vez que se iba a firmar el contrato, surgía un nuevo y más sospechoso imprevisto. La mezcla de olfato y de treinta años de experiencia en la Casa le hacían temer que hubiera una mano negra. «Nadie tiene tanta mala suerte».

—Tengo la sensación de que alguien en el Gobierno de Macedonia del Norte está intentando torpedear la ejecución del concurso ya resuelto a favor de Compressor S. A., la antigua Compresores Ferroviarios Elgoibar. No me extrañaría que alguno de los competidores que perdieron la licitación esté engrasando émbolos y pistones, no sé si me explico...

—No dejas pasar un chascarrillo...

—El caso es que me gustaría que fueras para allá y te enteres de qué está pasando.

—Ramiro, ya tenemos un compañero destinado en Macedonia del Norte. ¿Qué pinto yo allí?

—Ya sé que está Salvador. Es muy trabajador, pero no estoy seguro de que su perfil sea el idóneo para operaciones de esta naturaleza, con complejidad financiera y alguna trampa jurídica. Me parece que podéis hacer buen equipo —la mordacidad brotó a su pesar por los pliegues de esta última frase.

—Francamente, director, por motivos que no vienen al caso, me resulta muy complicado marcharme ahora a una misión en el exterior y sin fecha de vuelta. Y, encima, en tándem con Salvador, al que no creo que haga ninguna gracia que le manden a alguien del Centro para vigilar su trabajo.

Salvador llevaba ya casi dos años en Skopje, la capital macedonia, su primer destino en el extranjero después de una dilatada carrera en la Casa, pero en cometidos bien diferentes. Su caso no era el único, ya que muchos de los veteranos, ingresados en los años setenta y ochenta, fueron instruidos para hacer frente a las dos amenazas más acuciantes de la época: el terrorismo de ETA y el espionaje propio de la Guerra Fría. Derrotado aquel y terminada esta, apenas hubo tiempo para realizar la transición en la formación de agentes para desafíos que no por nuevos resultaban menos peligrosos, como el terrorismo yihadista o la hostilidad de servicios de inteligencia extranjeros contra los intereses del país, incluidas las empresas españolas.

El dilema era qué hacer con perfiles como el de Salvador, que se habían dejado el pellejo varios años infiltrando comandos terroristas en el País Vasco. Ni el Estado disponía de un mecanismo para agradecer y compensar suficientemente los servicios y sacrificios prestados, ni estos profesionales podían reinventarse de la noche a la mañana como *hackers*, expertos en sociedades financieras *offshore* o agentes con un dominio fluido del árabe. La ironía es que Salvador llegó a conocerse cada palmo de Elgoibar, pero no precisamente por la bondad de sus compresores ferroviarios.

—Silvia, es probable que con una misión breve te sirva para identificar quién nos está metiendo palos en las ruedas. Pero me gustaría que salieras para allá cuanto antes. Ya he pedido que te preparen una identidad y una coartada.

—¿No voy a ir acreditada oficialmente?

—Es mejor que no, porque los macedonios se van a oler algo si te acreditamos a ti sin traer de vuelta a Salvador. Además, así tendrás las manos más libres. Anda, habla con Recursos, ellos se encargan de darte la documentación, los billetes y el dossier. Y ya me dirás a tu vuelta qué mosca te ha picado hoy.

Cuando Silvia se disponía a salir del despacho de Ramiro, este se levantó de la silla para despedirse de ella apretándole suavemente el antebrazo, como había hecho siempre desde que era una niña, la hija de su amigo Joaquín.

En el departamento de Recursos le facilitaron una pequeña maleta de cabina que contenía un pasaporte ordinario con su foto a nombre de una tal Ruth Álvarez, así como documentación corporativa que la acreditaba como consultora de KPMG, en viaje de trabajo a Macedonia del Norte para explorar la posibilidad de ejecutar un proyecto de la Unión Europea. «Desde luego, cada vez tenemos menos imaginación», pensó, aunque luego reconoció para sí misma que cuanto más parecidas son la identidad y la misión fingidas a las reales, más fácil acaba siendo todo. En el bolsillo exterior de la maleta encontró billetes de avión, un móvil, un portátil y un billete con una tarjeta de crédito y algo de metálico en euros y en denares macedonios, así como la foto de un hombre apuesto de mediana edad y una pareja de adolescentes sonrientes que servirían como familia supuesta de la tal Ruth. «Manda narices. Es que ni apostá...».

Ya anocheado, Silvia decidió tomar el camino más largo para regresar a casa. Cambió incluso su habitual cena ligera en la mesa de la cocina por un plato de *shawarma* y una ración de *mutabal* de su restaurante libanés preferido, un local pequeño en Moncloa apenas distinguible a primera vista de los que ofrecen los kebabs más inmundos. Pero el conocimiento adquirido por Silvia durante las misiones que había

realizado en Beirut hacía ya un par de décadas le permitían apreciar su calidad. También la prudencia extraordinaria del dueño, que en noches como aquella, en la que consultaba distraída su móvil mientras cenaba, nunca intentaba entablar conversación.

Cuando aún rebañaba con trozos de pan de pita los restos de la crema de berenjenas, recibió una llamada de Lucía, su hija. No hablaban con demasiada frecuencia por deseo de esta, así que Silvia celebraba cada ocasión de oír su voz. Pero esta vez cogió el teléfono con una mezcla de aprensión y desgana que pudo percibirse al otro lado de la línea, en el barrio londinense de Shoreditch, donde Lucía vivía con su hijo Guille, que acababa de cumplir dos años.

—¿Qué tal, mamá? ¿Te cojo en mal momento?

—No, tranquila. —mintió Silvia—. Dime, ¿qué quieres?

—Uf. Qué directa. Nada, no quería más que charlar un poco y ver qué tal andas.

—¿Cómo está el peque? ¿Se adapta a la guardería?

—El niño está bien, pero... —Lucía dudó un momento si continuar la frase— soy yo la que empiezo a estar un poco harta de Londres, de Brexit, de lluvia, de todo... He empezado a mandar currículos en España y creo que en poco tiempo estaremos de vuelta.

—Ya...

—No me esperaba tanto entusiasmo —dijo Lucía.

El camarero se acercó a retirar los dos platos vacíos, pero dejó en su sitio la copa para que Silvia apurara su Mahou.

—No, perdóname, Lucía. Es que llevo un día de trabajo un poco complicado. Pensaba que seguías contenta en la galería, pero me alegra mucho que valores volver. Ya me dirás si te puedo echar una mano con algo.

—Precisamente por eso te llamaba. He pensado que en la transición entre Londres y Madrid, hasta que tenga resuelto el nuevo curro y un piso, podía quedarme un par de semanas con Andrés y contigo. Así, además, verás a Guille.

Con cada frase Silvia fue tomando conciencia de hasta qué punto su situación no paraba de enredarse. Incluso las buenas noticias parecían malas dado el momento. Naturalmente, quería que su hija volviera a Madrid con su nieto después de tantos años separadas; también le alegraba que hubiera superado sus reservas para pedirle quedarse en su casa. Pero ¿por qué justo ahora, en plena separación, teniendo que vender el piso y a punto de marcharse a una misión inoportuna?

—Claro, hija. En casa siempre habrá un hueco para vosotros. Ya me dirás qué fechas tienes en mente.

Tras despedirse con un beso y colgar, una arcada de jugos gástricos con sabor a kebab y cerveza invadió su boca. Era la forma en la que su cuerpo solía mostrar desacuerdo

o enfado. Con la cuenta sobre la mesa y ya el casco de la moto en la mano, echó una última mirada al móvil: dos llamadas perdidas de Andrés; una alerta de BBC News: «*Terror-related shooting in Paris. Death toll rises to six*»; y otra de un portal inmobiliario: «Luminoso apartamento, Quevedo, dos dormitorios, 2300 euros, seguro impago, 2 meses fianza, NO ANIMALES, abstenerse agencias».

LA BOLSA DE DEPORTES de Andrés en el suelo junto a la consola del hall servía como relato tácito de lo que había dado de sí su tarde-noche: gimnasio, cena ligera y temprano, con un libro a la cama, para al día siguiente estar a una hora prudente en la agencia de comunicación que dirigía con su socio. Toda exhibición descarada de virtud contiene un reproche simétrico. Silvia se metió cuidadosamente en la cama que aún compartían, aunque ahora casi como extraños compañeros de piso, aliviada por encontrarlo dormido y no tener que contarle aún su misión en los Balcanes y la inminente llegada de Lucía y Guille.

Por la mañana, sin embargo, la conversación que venía rehuyendo resultó inevitable. Andrés la esperaba ya duchado, afeitado, tomando su segundo café en la mesa de la cocina.